



MUERTES IMAGINARIAS
Roberto Castillo

LAUREL

MUERTES IMAGINARIAS

Roberto Castillo

MUERTES IMAGINARIAS

Roberto Castillo



A la memoria de José Sandoval Vergara
y Magdalena Valenzuela Cisternas,
Humberto Castillo Pizarro e Iris Vallejo Borcosque

Leemos los papeles de los muertos como dioses intrigados;
dioses, al fin, porque sabemos qué pasó después.
Sabemos qué dinero nunca se devolvió,
con quiénes se casaron al poco tiempo las viudas.
Pobres muertos, ciegos,
engañados, falibles, afanados en su tontería solemne.
Vemos las burlas que les pegan en la espalda,
sentimos el rasgar de sus testamentos hechos pedazos.
Ellos se quedan ahí delante de nosotros, ridículos,
Como adornos encima de una torta,
O se abalanzan a pillar la gorra arrebatada por el viento.

WISŁAWA SZYMBORSKA, «Las cartas de los muertos»

+

Imagínate que te estás muriendo ahora mismo,
olvidate de tu cuerpo, ese amasijo de sangre,
pedazos de hueso,
ese enredo de nervios, venas y arterias.

MARCO AURELIO, *Meditaciones*, 2.2

+

Sabía que la tristeza provocada por la muerte
es la peor de las ilusiones terrenales,
ya que la persona muerta había dejado
de ser desdichada y de sufrir,
mientras que aquel que lloraba por ella
se afligía de sus propios males y pensaba
lúgubrememente en su propia muerte.

MARCEL SCHWOB, *Vidas imaginarias*

JOSUÉ LEÑAQUE, HERPETÓLOGO (42)

Muerte en la selva

«Myanmar tiene el mismo verde, las mismas flores y el mismo tamaño que Colombia. Tal vez por eso tengo la sensación de que estoy de vuelta en casa», escribió en su último correo. Leñaque amaba Colombia, a pesar de que tenía recuerdos muy vagos del país donde nació, apenas sensaciones borrosas: una casa llena de flores, el verde brillante de la vegetación, el rumor de un vecindario lleno de niños jugando en las calles inclinadas, la cara sin facciones de una mujer risueña y de ojos alegres, seguramente su madre.

Cuando todavía no cumplía tres años sus padres murieron en las circunstancias propias de los barrios occidentales de Medellín en la última época del imperio de Pablo Escobar.

Tenía un solo recuerdo vívido de su primera infancia, un solo recuerdo «en HD», como decía él: la ventana cubierta de enredaderas donde Josué ve por primera vez una serpiente. Es una rabo de ají que se descuelga desde el marco de la ventana de su pieza de niño y se desliza por el fresco suelo de baldosas, mientras él está sentado en la bacinica, manipulando su transformer. La serpiente se desliza hacia el pasillo, como si supiera adónde va. Josué ve los anillos blancos sobre fondo negro y la punta colorada de la cola cuando la serpiente pasa rozándole los pies, palpando el aire con el hilito dividido de su lengua negra. Momentos más tarde el niño siente los golpes metálicos contra la reja de fierro de la puerta, los gritos, los estampidos, los insultos, el silencio, la peste a sangre, a intestinos rotos y a pólvora quemada. Ahí la memoria se le cierra como una cortina negra.

Lo que pasó después lo supo porque se lo contaron: el joven sicario no tiene el coraje de matar a ese niño que lo mira con la

boca abierta y los pantalones en los tobillos. Lo saca de la casa, tal como está, cruza la calle y lo mete a empujones en la casa de unos vecinos. Luego se enfrenta a tiros con su propio compañero cuando este le dice que el encargo no está cumplido sin matar al niño. Los dos sicarios quedan desangrándose en los adoquines.

Para Josué sigue una sucesión de casas y dormitorios ajenos, sus viajes de huérfano en buses y aviones, hasta llegar donde unos parientes lejanos que lo adoptan y lo crían como a un hijo propio en Santiago de Chile.

La primera vez que les contó a sus padres adoptivos la historia de la serpiente, ellos repitieron con orgullo: en Chile no hay alimañas venenosas. Pero, en lugar de alegrarse o sentir alivio, lamentó haber ido a parar a un lugar así, tan seco, tan gris, tan falto de peligros. Más adelante supo que en Chile sí hay serpientes venenosas, aunque ni remotamente tan letales como la que entró por su ventana en Medellín. Esa rabo de ají o *Micrurus mipartitus* que había pasado junto a él el día que asesinaron a sus padres era una coral de las que cada año matan a decenas de personas en Colombia.

Ya adolescente, tomó la costumbre de irse de excursión por los faldeos precordilleranos de Santiago, desde Lo Barnechea a la quebrada de Ramón, en busca de cueros de serpiente. Siempre iba solo. Luego pasó a coleccionar huevos y poco después ya se atrevió a atrapar culebras vivas, que llevaba a su casa escondidas en un morral. Mantenía su tesoro oculto en su pieza hasta el día en que su tía, buscando unas tijeras, abrió una caja de cartón en el clóset de Josué y se encontró con la espantosa visión de un enredo de serpientes, anudadas, copulando, explorando caminos de escape, tragándose unas a otras.

Un sicólogo les dijo a sus padres adoptivos que en algún momento iba a olvidar esa obsesión, pero la predicción falló. El joven Josué entró a estudiar Biología en la Universidad de Chile con la intención de convertirse en herpetólogo. Y no le interesaban las tristes y monótonas culebras chilenas sino las reinas de la especie, las de

zonas tropicales y semitropicales, por lo que tuvo que orientar su investigación a otros países. Influida por los cuentos de Horacio Quiroga, primero quiso trabajar en Misiones, pero al final decidió irse realmente lejos, a las selvas impenetrables de Myanmar.

«Encontrar una nueva especie de cobra es la máxima aspiración para un herpetólogo», escribió en su bitácora. Y no tuvo que esperar mucho. En la primera expedición internacional en que participó, Josué identificó una nueva especie de cobra. Fue un golpe de suerte extraordinario, pero también reflejaba su gran talento científico y su capacidad de observación. Desde ese momento empezó a ser objeto de rencores y de adulaciones; las muestras de rencor le causaban genuina risa, mientras que la adulación lo avergonzaba y lo ponía de pésimo humor.

La cobra de Leñaque (*Naja pseudoburmensis*) pertenece a la variedad de las que escupen el veneno en lugar de inocularlo con los colmillos. Cuando intentó agarrarlo, el bicho alzó la cabeza, desplegó su capucha de escamas plateadas y le roció la ponzoña por toda la cara. Los campesinos birmanos que lo acompañaban le bañaron los ojos con jugo de hojas de tamarindo mientras Leñaque, cegado, se retorció de dolor en el suelo. Gracias a la infusión casi instantánea de ese antiinflamatorio natural salvó con la vista casi intacta.

Después de recuperarse preguntó si habían matado a la serpiente. Le respondieron que no, que las cobras que escupen eran sagradas en esa parte de Myanmar. Y así, al examinarla con detención, Josué se dio cuenta de que la subespecie no había sido catalogada.

No sería la última vez que lo atacara su objeto de estudio, a pesar de que siempre tomaba precauciones. Una vez, mientras guiaba a un productor del *National Geographic* por la jungla siamesa, lo mordió una cobra real, la más grande de la especie y una de las más mortíferas del planeta. La serpiente atacó desde *adentro* de la bolsa de lona gruesa donde estaba guardada, con tal fiereza que los colmillos rompieron la doble capa de tela reforzada y la mezclilla del

pantalón antes de hundirse un centímetro y medio en el muslo de Leñaque. En lugar de asustarse, este se sentó a esperar. Dijo a sus compañeros que no había para qué afanarse, que padecía de una rara alergia y que el antídoto mismo sería tan letal para él como el peor de los venenos. Después de esperar calmadamente un par de horas, no experimentó ningún síntoma, aparte del dolor y una leve hinchazón en la mordedura. Resultó que el ataque había sido lo que los herpetólogos llaman «de mordida seca»: a veces las cobras muerden solo para herir, para sacarse la rabia o el miedo, no para matar ni paralizar.

A Leñaque le encantaba contar la historia y culminar el relato arremangándose los pantalones para mostrar la doble cicatriz pálida en el muslo izquierdo.

La expedición del verano septentrional pasado fue especialmente arriesgada: seis semanas en una de las selvas más espesas del planeta, con un recorrido de 250 kilómetros desde Mandalay hasta la frontera norte de Myanmar con China, llegando hasta el contrafuerte de los Himalayas. La mayor parte del trayecto se iba a hacer a pie, por restricciones económicas derivadas de la cancelación a último minuto de un fondo de Conicyt. Algún burócrata en Santiago se dio el trabajo de detectar una irregularidad en los papeles de adopción de Leñaque, lo que puso en duda su nacionalidad y su elegibilidad para recibir fondos del Estado de Chile. Así, ya no había dinero para arrendar Land Rovers y solo quedaba atravesar la selva a machetazos, en pleno monzón.

Los expedicionarios comenzaron el ascenso por la jungla montañosa en medio de una lluvia cegadora. La senda a veces se convertía en el cauce de un aluvión que llegaba al metro de profundidad. Cuando la trocha no estaba inundada la atravesaban pequeños aludes y torrentes que bajaban desde el monte y que había que sortear por medio de puentes improvisados de bambú y lianas. Siguiendo el ejemplo de los cargadores nativos, los científicos se bañaban las extremidades con jugo de tabaco o se po-

nían medias de náilon para repeler las sanguijuelas que bullían en el agua, pero nada daba resultado. Uno por uno abandonaban la lucha y se conformaban con no permitir que los parásitos se les pegaran demasiado rato. Cada cierto trecho los quemaban con cigarrillos para que se soltaran, retorciéndose, ahítos.

A pesar de las dificultades, estaban maravillados por la biodiversidad de esa selva, mayor que la del Amazonas incluso. Un ornitólogo canadiense declaró que en una sola mañana había visto varias especies que le parecían desconocidas, y otras que solo había visto descritas en manuscritos antiguos.

Leñaque destacaba en el grupo por su sentido del humor, por su entusiasmo a toda prueba y por su sencillez. Iba vestido ligeramente, con polera, pantalones cortos de gimnasia y sandalias de plástico. Pasaba entre sus colegas, bromeando, con los audífonos siempre puestos, con su saco de lona y su vara metálica de herpetólogo, con una pinza en el extremo. Ni él sabía explicar por qué las sanguijuelas no se le pegaban.

El quinto día de la expedición ocurrió el accidente, el error, el malentendido, la falla de comunicación, como quiera llamárselo; producto de la distracción, el cansancio, el mal ánimo generalizado, vaya a saberse. Era muy temprano; habían pernoctado al fondo de un valle que amaneció cubierto de niebla. Poco antes del amanecer dejó de llover y por un momento entre los árboles solo hubo silencio. El tiempo pareció detenerse. Luego, los ruidos de la selva llenaron otra vez el espacio antes saturado por la lluvia.

Al parecer se trataba de un ejemplar juvenil, de no más de treinta centímetros, guardado en una bolsa de lona desde el día anterior. Una versión sostiene que había mordido a uno de los ayudantes birmanos en el momento de la captura y que al tipo no le había pasado nada. Por eso se creyó que era de esas culebras no venenosas que simulan ser kraits (*Bungarus caeruleus*, las víboras más letales) para protegerse. Nadie se explica por qué un grupo de herpetólogos profesionales confió en la identificación

realizada por un subordinado a contrata. También es raro que se hayan quedado tranquilos por la ausencia de marcas en la mano de Leñaque: tenía apenas un rasguño similar a una picadura de zancudo. Es bien sabido que la krait muerde tan suave que apenas se siente. Los birmanos la llaman «la serpiente misericordiosa», porque ataca cuando la víctima está dormida, sin despertarla. El muerto amanece con un semblante muy apacible, debido al efecto paralizante del veneno sobre los músculos faciales.

Lo cierto es que Leñaque no tuvo dudas. «Me mordió una krait», dijo, según la versión sanitizada del *New York Times*. La verdad es que fue más explícito: «Me mordió una puta krait». Su colega Alex Geng lo reporta en su blog con toda naturalidad: «*A fucking krait just bit me*».

Tomó desayuno con el equipo de trabajo y hasta hizo bromas sobre su invulnerabilidad: «No se preocupen, si yo tengo cuero de elefante». Pero a la media hora sintió el fatídico cosquilleo en el antebrazo. Solo entonces, con toda calma, dio la orden de reunir a todo el equipo. Ante la conmoción de sus compañeros, describió, paso a paso, lo que le iba a suceder. El cerebro iba a seguir funcionando. Iba a estar consciente en todo momento, pero las neurotoxinas iban a causar una parálisis progresiva y su cuerpo iba a empezar a desconectarse por partes. No hay escapatoria, insistió, sin perder la especie de sonrisa que le colgaba de los labios. Les dijo que iban a tener que ayudarlo a respirar y que luego tendrían que hacerlo por él de alguna manera.

«Si llego a durar 48 horas –dijo, a modo de consuelo–, los pulmones podrían empezar a funcionar por sí solos otra vez», pero todos sabían que era muy improbable, porque en el campamento no contaban con un respirador mecánico.

A los veinte minutos, tal como había anunciado, se le dobló el cuello; la cabeza le quedó en un ángulo poco natural y se le empezaron a cerrar los ojos. Pidió, balbuceando como un borracho, que lo enderezaran y que le abrieran los párpados. A continua-

ción le falló el diafragma, y entonces sus asistentes se empezaron a turnar para hacerle respiración boca a boca. Pronto perdió la capacidad de hablar; se comunicaba moviendo los dedos de los pies: una vez sí, dos veces no. Cuando un científico con quien no se llevaba bien quiso tomar su turno en el boca a boca, Leñaque indicó con fuerza «no». El hombre casi se largó a llorar, pero el gesto del moribundo infundió esperanzas entre los otros expedicionarios arremolinados a su alrededor, que lo interpretaron como un chiste.

Mientras tanto, los corredores que Leñaque había despachado en secreto, apenas supo que estaba tocado de muerte, iban a toda velocidad atravesando la selva a machetazos en dirección del puesto militar más cercano, distante unos quince kilómetros. En horas de la tarde, un helicóptero se acercó y sobrevoló el campamento, pero no pudo tocar tierra al intensificarse la lluvia y la niebla. A la mañana siguiente, increíblemente, Leñaque seguía vivo, pero luego, a las tres de la tarde, justo cuando los pilotos lo graban aterrizar el helicóptero en un claro situado a dos kilómetros, sucumbió al veneno.

Sus restos se repartieron, siguiendo sus deseos, en la precordillera de Santiago y en las colinas verde esmeralda del Valle del Aburrá, donde habían nacido sus padres, asesinados por encargo aquel remoto día en que Josué vio por primera vez una serpiente venenosa.